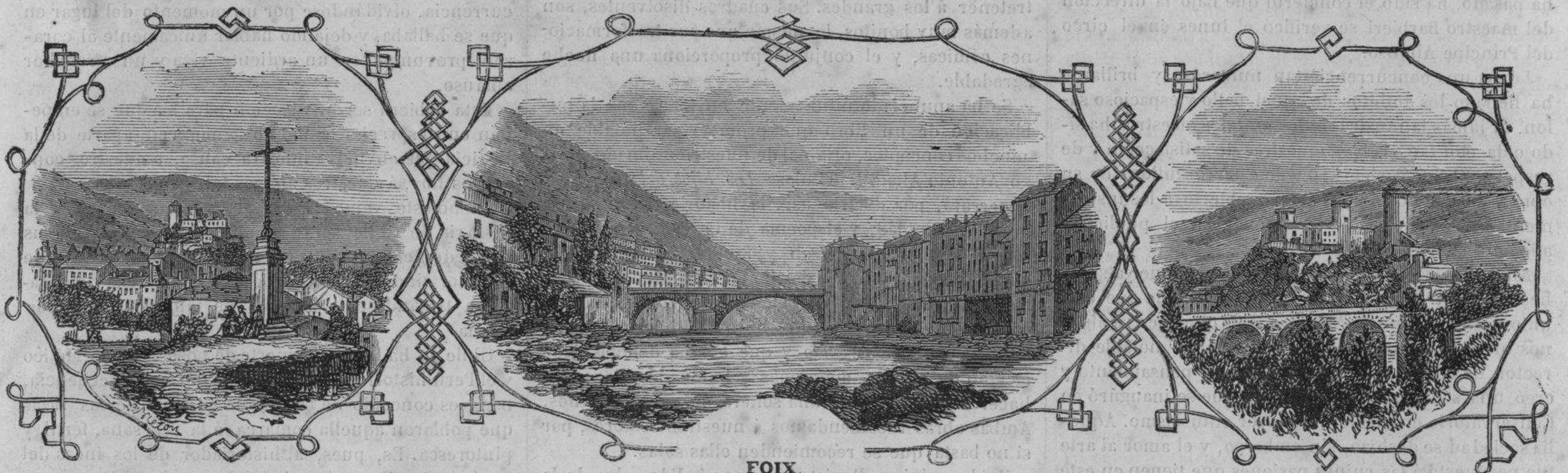




El Periódico ilustrado.



FOIX.

Año II.—Número 53.

DEL 22 AL 29 DE ABRIL DE 1866.

SUMARIO.—El P. Jacinto.—Foix.—Revista de la semana, por Palacio.—Chile, por Belza.—La Primavera, por E. G. Ladevese.—Escenas de la vida militar en Méjico, por Belza.—Al huracán, por L. G. del Real.—Constantinopla.—Hojas de un libro, por C. C. y Rodriguez.

LÁMINAS: Foix.—El P. Jacinto.—Constantinopla.—La playa de Boulogne, despues de la tempestad de enero último.—Un episodio de la caza del conejo.—Los trajes de la familia Benoiton.



CALENDARIO DE LA SEMANA.

- D 22 Patrocinio de S. José.
- l 23 S. Jorge y S. Gerardo.
- m 24 S. Gregorio y S. Fidel.
- m 25 S. Marcos Evangelista
- j 26 S. Cleto y S. Marcelino
- v 27 S. Anastasio.
- s 28 S. Prudencio.

ADMINISTRACION, PASAJE DE MATHEU, 6.

EL PERIÓDICO ILUSTRADO APARECERÁ CADA SEMANA.

SUSCRICION: Un año. Seis meses. UN NÚMERO

Madrid.	24 rs.	12 rs.	MADRID.....	4 cs.
Provincias.	28 »	14 »	PROVINCIAS.	5 id.
Ultramar.	80 »	50 »		

EL P. JACINTO.

El P. Jacinto, cuyos sermones durante la última Semana Santa han llamado tanto la atención en Nuestra Señora de Paris, pertenece á la Orden de Carmelitas Descalzos. Una estatura elevada; una fisonomía inteligente y espresiva; una voz de una grande sonoridad y que secunda perfectamente las evoluciones de la idea, y un gesto severo y distinguido: tales son las cualidades que han conquistado al P. Jacinto la admiracion del público parisiense.

Su talento oratorio no permite ponerle en parangon con ninguno de los predicadores célebres de nuestra época: no procede ni de unos ni de otros; es puramente suyo, y está á la altura de los primeros.

El nombre de familia del P. Jacinto es Loyson; nació en Orleans en 1827. Su padre, que era profesor de aquella Universidad, fué enviado poco tiempo despues al colegio de Pau, y allí fué donde el jóven Loyson hizo sus estudios. Más tarde entró en el Seminario de San Sulpicio, y fué ordenado cura en 1849 por monseñor Sibour. Hace pocos años ha tomado el hábito del Carmen, con el nombre del P. Jacinto.

Antes de hacerse oír en Paris, el P. Jacinto habia adquirido una grande reputacion en Lyon, Burdeos y Perigueux. Aparte de esta reputacion, goza tambien la de ser un sacerdote virtuoso y de recto juicio, como cumple á su sagrada mision.

FOIX.

Cabeza otro tiempo del condado de su nombre, en el departamento del Ariège, cuenta hoy con una poblacion de 5.500 habitantes.

La existencia de Foix, como villa, no debe, segun un distinguido escritor,



EL P. JACINTO,

FAMOSO PREDICADOR FRANCÉS.

remontarse más allá del siglo xi. Roger, conde de Carcasona, dividió al morir sus Estados entre sus hijos, y Bernardo obtuvo, con otras propiedades, el bosque de Bolbonne y el señorío de Foix, que fué erigido en condado por el conde de Tolosa.

Durante dos ó tres siglos vemos la dinastía de Roger reinar sobre el condado de Foix. Mas tarde vienen los Gaston, vizcondes de Bearn y condes de Foix. El más célebre de ellos fué Gaston III, conocido con el sobrenombre de Febo. Nacido en 1331, batió á los ingleses en 1345, y por su valor y su pericia alcanzó una de las bellas reputaciones militares de su época, hallando todavía espacio, en medio de su vida agitada, para cultivar la literatura y las ciencias. Muchas de sus obras poéticas han llegado hasta nosotros en un libro dedicado á Despourrins, el divino cantor de los Pirineos.

Enrique IV reunió el condado de Foix á la corona de Francia, y formó de él un gobierno dependiente del Rosellon y del condado de Tolosa, que pasó á ser departamento del Ariège en 1790.

La vista principal de nuestro grabado de cabecera representa el aspecto general de la poblacion, en las dos riberas del Ariège. El puente, principiado en el siglo xii, no fué concluido hasta tres siglos despues. El arco grande data de 1823.

La cruz de la mision, en el medallon de la izquierda, está muy lejos de ser un monumento; es solamente un recuerdo piadoso.

En cuanto al castillo que figura á la derecha, es un edificio histórico de gran importancia, como que fué construido por Gaston Febo, de quien hemos hablado.

Son dignos tambien de notarse, en esta villa: una biblioteca de 11.000 volúmenes; una iglesia gótica, llamada de San Volusien; una rica coleccion de medallas antiguas, encontradas en el país, y muchos magníficos paseos.

REVISTA DE LA SEMANA.

Puede asegurarse, sin miedo de incurrir en error, que el acontecimiento más notable de la semana que ha pasado, ha sido el concierto que bajo la dirección del maestro Barbieri se verificó el lunes en el circo del Príncipe Alfonso.

Jamás una concurrencia tan numerosa y brillante ha llenado los ámbitos de aquel bello y espacioso salón, ni jamás la música de los grandes maestros ha sido oída con tan visibles muestras de satisfacción y de respeto. El Sr. Barbieri puede estar orgulloso de su obra y del nuevo campo que ha abierto á los instrumentistas españoles, al desarrollar en el público la afición á la música antigua.

Ahora, y después de felicitarlos por lo que ya se ha hecho, ¿podremos abrigar la esperanza de que esta unión reinará siempre? Recordamos que hace ya algunos años otro distinguido compositor y notable director de orquesta, concibió el mismo pensamiento y creó una sociedad de conciertos que se inauguró en Conservatorio en medio del mayor entusiasmo. Aquella sociedad se deshizo, sin embargo, y el amor al arte fue pospuesto á las ruines pasiones que tienen en este país el triste privilegio de destruirlo todo. ¿Sucederá lo mismo en esta ocasión? Lo sentiríamos por el público y por los artistas, que probarían, obrando así, que no hay entre ellos más armonía posible que la de sus instrumentos.

Otra solemnidad de índole distinta, pero también trascendental para los intereses y el adelanto de nuestra patria, registra la crónica de esta semana. Se trata de una expedición hecha hace pocos días á Villalba por un escogido grupo de personas muy conocidas en la corte, con el objeto de visitar las obras de la magnífica fábrica de papel que la sociedad *La Estrella Industrial* está construyendo en aquel punto. Gratamente sorprendidas quedaron, según nuestros informes, dichas personas al ver lo adelantados que van los trabajos, la solidez con que se ejecutan, empleando en ellos sólo riquísima piedra de sillería, su buena dirección y el gran radio que comprenden, y que pasa de 8.000 metros superficiales. Allí, gozando de la deliciosa tarde que hacía; del hermoso horizonte que ofrece el sitio; á la vista del animado cuadro que presentaban los socorridos trabajadores, y al son del estampido de los harrenos que arrojaban silbando al espacio enormes pedazos de roca, se pronunciaron entusiastas discursos en pro de la industria española por el ilustrado y celoso diputado Gasset y Artime, y los Sres. León y Vizcarrondo. Nosotros unimos á los suyos nuestros votos por la prosperidad de esta empresa, felicitándola por sus esfuerzos, sacrificios y constancia para llevar adelante un pensamiento de grandes resultados en el porvenir, resultados de que puede participar á poca costa todo aquel que preste su ayuda á la sociedad.

La industria del trabajo, la industria que crea, produce, y nos impide ser tributarios del extranjero, esa ha de ser nuestra áncora de salvación en el estado miserable en que nos encontramos, y cuyo verdadero origen no es otro sino que consumimos ciento y no producimos más que seis.

Ya sabrán Vds., pues de ello se ha hablado largamente en todos los círculos, que el pleito que sostenía la antigua empresa del Teatro Real se ha fallado á su favor en el Consejo de Estado. Es por lo tanto probable que la actual no prolongue sus tareas más allá de la temporada presente, lo cual la ocasionará inmensos perjuicios, que sin duda le indemnizará el gobierno. Sin que nosotros prejuzguemos la cuestión legal, lo cierto es que cuanto en este asunto se ha hecho de algunos años á esta parte, es absurdo y cae por su base. Se dió el teatro á Mr. Bagier quitándosele á Rivas; se le quitó á Bagier quizás para dárselo á algún otro; lo tomó Caballero con condiciones ventajosísimas para el gobierno y para el arte, y hoy se le devuelve á Bagier, con grave daño de los intereses de una empresa que no ha perdonado medio de complacer al público, y que ha consumido en mejorar el local y en presentar sus espectáculos sumas fabulosas. Hasta hoy se había hablado de la inestabilidad de las cosas humanas; hoy se añadirá: sobre todo, de las cosas del Teatro Real.

Ya que hemos echado un párrafo de teatros, no estará de más echar otro para decir que nada ocurre en ellos de notable, fuera de las funciones de prestidigi-

tación y fantasmagoría que da Matd. Benita Auguine ten el pequeño coliseo de Variedades. Mad. Auguine es una hábil escamoteadora llena de gracia y de discreción, y cuyos juegos se recomiendan por la novedad y la sencillez, sin que abuse nunca de esos aparatos complicados que asustan á los chicos, sin entretener á los grandes. Sus cuadros disolventes, son además muy bonitos, lo mismo que sus transformaciones cómicas, y el conjunto proporciona una noche agradable.

Se ha anunciado últimamente en Barcelona la publicación de un libro que promete ser notable en muchos conceptos, original de nuestro estimado amigo Antonio Altadill. Titúlase *Los hijos del trabajo*, y encerrará, por decirlo así, la historia del progreso de la humanidad, y el poema de la vida de esos héroes [del taller que viven y mueren desconocidos, quizá después de haber dejado en el camino de la gloria las huellas ensangrentadas de sus pies. El mismo editor está dando á luz otro libro de Roberto Robert, titulado *El Mundo riendo* y que es una deliciosa colección de chistes, epigramas y bufonadas, capaz de hacer llorar de risa á una soltera de cuarenta años. Ambas obras recomendamos á nuestros lectores, por si no basta que se recomienden ellas solas.

En la próxima Revista diremos á Vds. algo de la inauguración de las obras del Museo Nacional; de la nueva comedia del Sr. Larra, y de la corrida de becerros que se verificará el lunes en los Campos Eliseos, y que, á juzgar por el programa, promete ser fecunda en peripecias cómicas. Esto, contando con que alguno de los becerros no me prive de esta satisfacción, cosa que no tendría nada de extraño, si es que la agilidad de estos animalitos les permite subirse á los palcos.

M. DEL PALACIO.

CHILE.

Sin embargo de que, por las condiciones especiales de nuestro semanario, nos está vedado la política, igualmente que emitir nuestro juicio ó apreciación en nada que con aquella se roce, hay asuntos en que, sin salir de nuestra esfera, podemos muy bien ilustrar á nuestros lectores sin permitirnos comentarios de ninguna especie.

Tal es la cuestión de Chile; cuestión palpitante que tiene preocupados los ánimos y que ocupa diariamente la mayor parte de las columnas de todos los periódicos, en los cuales, y según el partido ó fracción á que aquellos pertenecen, se suceden con rapidez asombrosa las noticias favorables ó adversas, sin tener en cuenta la cuestión de tiempo y lugar, ni la distancia que hace imposible la certeza de muchas de esas invenciones, fraguadas según el manantial de donde nacen, bien para burlarse de los incrédulos, bien para halagar á otros, ó mantener viva la excitación de los ánimos en diversos sentidos.

La pasión política es la más ciega y la más intransigente de todas las pasiones, y de aquí resulta que en lo general se halle más que ninguna otra sujeta á errores y extravíos, y uno de ellos en esta ocasión es el afán que, al tratarse de cuestión tan grave, muestran algunos de presentarnos á los chilenos como gentes *feroces, sin cultura, sin elementos, sin civilización etc., etc.*, sin comprender, los que esto dicen, que obrando de este modo, amenguando el valor y la importancia del contrario, amenguan y rebajan y desprestigian los triunfos que sobre él pudieramos conseguir.

Esto nos hace recordar un hecho que prueba de qué distinto modo raciocinaba cierto célebre orador sagrado que ya no existe, el P. Arenas. Encargado, como de costumbre, de pronunciar la oración fúnebre en la fiesta cívica del Dos de Mayo, empezó por hacer el panegírico de Napoleón I, y con asombro de cuantos le escuchaban, ocupó más de media hora en enaltecer á grandes rasgos y con los más brillantes colores, las cualidades de grandeza, talento, valor, etc. que adornaban al célebre capitán del siglo. El inmenso gentío que con religioso silencio escuchaba al orador empezaba ya á dar muestras de descontento; algunos murmullos se dejaban oír y varios de los comitados se disponían á abandonar el templo: indudablemente era este el momento apeteído y preparado por el Sr. Arenas, pues haciendo en su discurs-

so una ligera pausa, exclamó con voz potente que retumbó en las inmensas bóvedas de San Isidro.... «*Porque era grande le admitimos la batalla; porque era invencible le vencimos!*» La reacción, el efecto mágico producido por aquellas entusiastas frases es indescriptible; baste saber que la numerosa y escogida concurrencia, olvidándose por un momento del lugar en que se hallaba, y dejando hablar únicamente al corazón, prorumpió en un ardiente viva y un atronador aplauso.

Esta debiera ser una lección para los que se empeñan en despreciar, como no se merecen, aparte de la justicia que envuelva nuestra causa, á nuestros contrarios hoy, á nuestros amigos tal vez mañana.

Dicho esto, vamos á dar algunas noticias sobre la historia de Chile, sobre su situación geográfica, sus antecedentes, etc. etc., no escritos con la pasión de partido, sino con verdad y conciencia, cual debe hacerse tratándose de asuntos de tan elevada importancia.

Chile no ha tenido la suerte de poseer como Méjico y el Perú historiadores indígenas; en su consecuencia, nada es conocido de la antigua historia de las razas que poblaron aquella comarca, á la vez sana, fértil y pintoresca. Es, pues, al historiador de los incas del Perú, á Garcilaso, á quien debemos las primeras noticias que recorren el velo con que se halla cubierto el antiguo estado de Chile.

El citado autor nos dice que las cuatro colonias septentrionales de Chile, fueron sometidas al Perú por el inca Yupangui y hechas tributarias de su corona en el año 1450 de nuestra era. Este hecho se halla confirmado por la circunstancia de que los españoles encontraron un siglo más tarde la lengua principal del Perú, (el quechua) establecida en las provincias septentrionales de Chile, particularmente en Copiapu, Guasco, y Coquimbo. Según posteriores pesquisas hechas por Molina, uno de los historiadores de Chile, el poder de los peruanos no alcanzó nunca á invadir Chile por completo; el límite más meridional de su reino alcanzó únicamente á las orillas del Rapel; porque un poco más al Mediodía, hácia el Maule, encontraron una resistencia tal de parte de los araucanos, que se vieron obligados á retirarse.

Las poblaciones del Norte, y principalmente las cuatro indicadas más arriba, son descritas por los historiadores como ménos enérgicas y ménos valerosas, comparativamente con las once tribus que ocupaban el Mediodía. A pesar de las aseveraciones de Molina que asegura que las quince tribus procedían de un mismo origen y que todas hablaban la lengua araucana, la razón natural hace sospechar no pueda ser esto cierto respecto á las del Norte, sometidas con tanta facilidad y desposeídas hasta de su primitivo idioma. Para que este último cambio se hubiese verificado, era preciso suponer la infusión de sangre peruviana en la masa de los antiguos chilenos del Norte.

En la época en que los españoles, conducidos por Almagro en 1535, penetraron por la primera vez en Chile, encontraron ya una población numerosa, que cultivaba la tierra con esmero y que se hallaba bastante adelantada en todos los ramos de la industria, y principalmente en todos aquellos que tienen relación y proveen los objetos más precisos á las necesidades de la vida.

La resistencia de los habitantes de la Maule no fué ménos encarnizada entonces contra los guerreros venidos de Occidente que lo había sido anteriormente contra los peruanos de origen americano. Encarnizadas guerras se sucedieron por espacio de dos siglos, y bien podemos decir, sin temor de equivocarnos, que su término positivo no ha llegado, porque aun permanecen en las montañas y principalmente al Mediodía de Valdivia, doce mil araucanos no sometidos, sin contar por lo ménos otros treinta mil que de Chile han emigrado á las Pampas, al Este de su antigua patria para disfrutar de la vida independiente y errante, pero que al grito de guerra no dejarán de tomar las armas para combatir al lado de sus hermanos.

En contrario de lo que algunos dicen alucinados por la pasión ó el entusiasmo patrio, la historia nos ofrece en general pocos ejemplos de una bravura tan perseverante, de un valor que raya en el heroísmo, como en los araucanos. La prueba irrecusable es que nuestros poetas españoles de otra época no desdeñaron sino que se hicieron un deber de inmortalizar, por la epopeya, los altos hechos de nuestros enemigos hoy.

Si los españoles, dice un eminente publicista, por las guerras, por sus tratamientos inhumanos, por la importación de la viruela, etc., etc., etc., han empleado siempre cuanto en su mano estuvo para esterminar esta valerosa nación, ellos mismos por otra parte, y podría decirse que hasta por una intervención providencial, han proporcionado á los últimos restos de un pueblo antiguamente numeroso y bien acomodado, los medios de sustraerse á sus persecuciones y de ostigar con incursiones imprevistas la población europea de Chile, que los ha desposeído.

Y téngase entendido que el autor que así se explica no puede ser sospechoso, pues cuando escribió estas líneas, hace seis años próximamente, no podía presumir ni adivinar, á ménos de ser profeta, el conflicto en que hoy nos hallamos envueltos.

Lo que es indudablemente cierto, que esta vida de una lucha incesante de tantos siglos, ha hecho retrogradar un tanto en los progresos de la civilización á esta nación de bravos, alterando su carácter y condiciones primitivas.

Chile cuenta despues del empadronamiento de 1854 próximamente 1.400.000 habitantes, de los cuales veinte mil son extranjeros. Los negros, que en otro tiempo eran bastantes, apenas han dejado huellas y no quedan en el país más que algunos mulatos. La vasa principal de la población actual es española, entremezclada de mestizo, resultado de la union de los conquistadores con las mujeres indígenas. Carecemos de antecedentes precisos para designar las cifras de estos dos elementos que constituyen hoy el pueblo chileno; sin embargo, por datos, á los que damos completo crédito, la población de casi todos aquellos pueblos es en la mayor parte española; no así en el campo, pero como la población rural cuenta muchos colonos españoles, es de presumir que el elemento español de pura sangre, lleve inmensa ventaja numérica sobre el mestizo.

Debemos añadir á estas ligeras observaciones, que el español criollo es perfectamente apto para cultivar el suelo de su patria adoptiva y que efectivamente la cultiva con éxito; es un hecho innegable que la raza española está perfectamente aclimatada en Chile. Su fisonomía no ha sufrido modificación notable, comparativamente á la de los indígenas de la madre patria, si acaso la tez, un grado más oscura de color. Por lo demás, son tan activos é inteligentes como los españoles, y de sus filas han salido ilustres generales y hombres eminentes que han honrado á su patria por sus virtudes y por su talento.

Tal es la nación con quien estamos en guerra; tal la historia de sus desdichas; y como á nosotros nos está vedado entrar en profundas consideraciones, nos conformamos como buenos españoles con desear el triunfo de nuestra causa, aunque no sea más que por el natural orgullo nacional, sin tratar de investigar si el origen de la contienda es justo y legítimo, y si el que ha provocado el conflicto, sea quien fuere, ha obrado ó no juiciosamente y cuerdamente.

J. BELZA.

LA PRIMAVERA.

Una luz estraña y blanquecina se estiende por los campos, inunda los valles y corona las montañas.

Una vision radiante como un ángel se cierne en los espacios. Su rostro es una eterna sonrisa... Su seno, una sonrosada nube... Su ropaje es luz divina que la rodea...

¡Es la Primavera!

El campo arroja las vetustas galas con que le cubrió el invierno, para vestirse con las galas hermosas que le regala la Primavera.

Rie la flor, la espiga y el almendro: rien las fuentes y las hojas del árbol rien: las aves saltan veloces de sus nidos á saludar la nueva aurora... á bendecirla... á amarla; porque les envía sus benéficos rayos... Vuelan hasta perderse entre la inmensa claridad, y descienden á la tierra llenas de júbilo y contento.

Derraman las nubes una menuda lluvia, que cayendo sobre los campos, hace brotar las plantas y florecer el árbol, y las gotas de rocío parecen piedras preciosas de diferentes y finisimos colores, que reflejan la luz de la vision, que ya ha estendido su sonrosado manto por los anchos horizontes...

¿Por qué modula el ruiseñor su sonoro canto? ¿Por

qué tan alegre se desliza el arroyuelo? ¿Por qué abre la encendida rosa su capullo? ¿Por qué el cefirillo arranca de las hojas del bosque dulces himnos que fenecen en las auras?

¡Es porque saludan á la Primavera! ¡Es por que celebran su bienvenida!

¡Salve, hermosa Primavera! ¡Cuán bella y cuán alegre te adelantas, vertiendo flores por los campos en que posas tus nacarados piés!

¡Todo te saluda! ¡Yo tambien te saludo, risueña. Diosa!

Todo se alegra ante tí: solo hállas en tu camino amores y placeres...

¡De amor son tus brisas... De esperanza, tus resplandores!

Esas flores que, por do quier, haces brotar con tu aliento, me hacen ver las ilusiones que halagan al joven corazon.

¡Ay! ¡Un tiempo feliz halagaron tambien el mio.

Como esas flores nacen esmaltando la pradera, así nacieron mis ilusiones...

Como el otoño sombrío arrebató aquellas, así éstas volaron al viento del desengaño...

Pero hoy vuelven sus flores, y mis ilusiones huyeron para siempre!...

Mas ¿qué digo?...

Para siempre, no.

Las esperanzas que otras primaveras me trajeron, vuelven á levantarse en mi pecho puras y fragantes!

¿Quién que haya visto solo diez y seis primaveras no concibe alguna esperanza? ¿Quién en el oriente de su vida no se deja llevar de tus mágicos encantos?

¡Bendita seas, Primavera! ¡Bendita seas, estacion florida! ¡Con cuánta verdad habló quien dijo que eras la juventud del año!

A la luz de tus esplendorosos rayos, el corazon vé nuevos horizontes. El alma se siente más llena de vida que cuando el viento de octubre arrastraba tus hojas que gemian de dolor.

¡Y esa estacion nebulosa volverá otra vez!

¡Esa estacion que te envidia, y se complace en destrozar tu hermosa obra!

¡Ay! ¡Tú has de morir! ¡El alma al pensarlo se contrista!

Mas... ¿qué te importa que vengan tenebrosos dias á empañar tu belleza? ¿Qué te importa... si has sido la reina, y amada de todos? ¿No sabes que nada hay eterno en este mundo?

Todos te bendicen, porque á todos colmas de beneficios... En todo derramas generosa la dicha y el placer... ¿Qué te importa morir, juventud del año? ¿Qué te importa... si has de volver más alegre y feliz que ántes?

¡Tú eres la aurora de la dicha; y la dicha morirá cuando tú mueras, por que siempre muere en su aurora!

¿Qué son las alegrías; qué son los placeres, sino auroras? ¡Sí! ¡Auroras que se disipan si se las mira fijamente!...

¡Si has de morir, déjame que goce de tus delicias!

El corazon canta, porque no puede menos de cantar... ¿Sientes el murmullo de los vientos? Pues escúchales henchidos de armonía. Son canciones que te prodiga el mundo.

El pastor salta de su pobre lecho más temprano que de costumbre, y te saluda, sacando á apacantar su rebaño...

¡Ay! ¡Cómo gorjean los ruiseñores en las ramas!

¡Cómo canta la fuente entre el follage! ¡Cómo salta el arroyo entre la yerba!... ¡Cómo la inocente tórtola arrulla en el bosque!...

Es porque la Primavera vino con sus galas y sus flores...

¡Salve, hermosa Primavera! ¡Bendita seas, estacion florida!

Abril de 1866.

ERNESTO GARCÍA LADEVESE.

ESCENAS DE LA VIDA MILITAR EN MÉJICO.

LAS SIETE NORIAS DE BAJAN.

UN VERDUGO EN LAS RUINAS.

(Continuacion.)

Me arrastré como pude fuera de aquel sitio maldito, y vencido por el cansancio y la fatiga, me fui á recos-

tar bajo las anchas ramas de un árbol llamado *mesquite*, á orillas del Torrente.

Ya habia pasado muchas noches al raso, espuesto al viento y á la lluvia, así que, conocia perfectamente todos los ecos plañideros ó terribles que se escuchan en la soledad durante una tempestad; pero los murmullos que esta vez llegaban á mi oido, no tenían nada de comun, ni con los silbidos del viento, ni con el estampido del trueno. ¿Seria víctima tal vez de alguna alucinacion producida por la intensidad de la calentura? Me parecia escuchar voces humanas, y los quejidos de algunos moribundos dominaban la salvaje armonía de la catarata. Aquellas estrañas voces, aquellos aterradoros ecos, aquellos rumores siniestros, se elevaban hasta mi del fondo del barranco; por la parte de la hacienda eran otra clase de ruidos muy parecidos al choque de las armas y al piafar de los caballos.

¿De dónde procedian estos sordos é inesplicables rumores? ¿Me hallaba por ventura sobre un campo de batalla? ¿Se verificaba á algunos pasos de mí alguna horrible matanza, ó bien, como yo habia creído en un principio, la fiebre causada por mi herida iba trocándose en delirio?

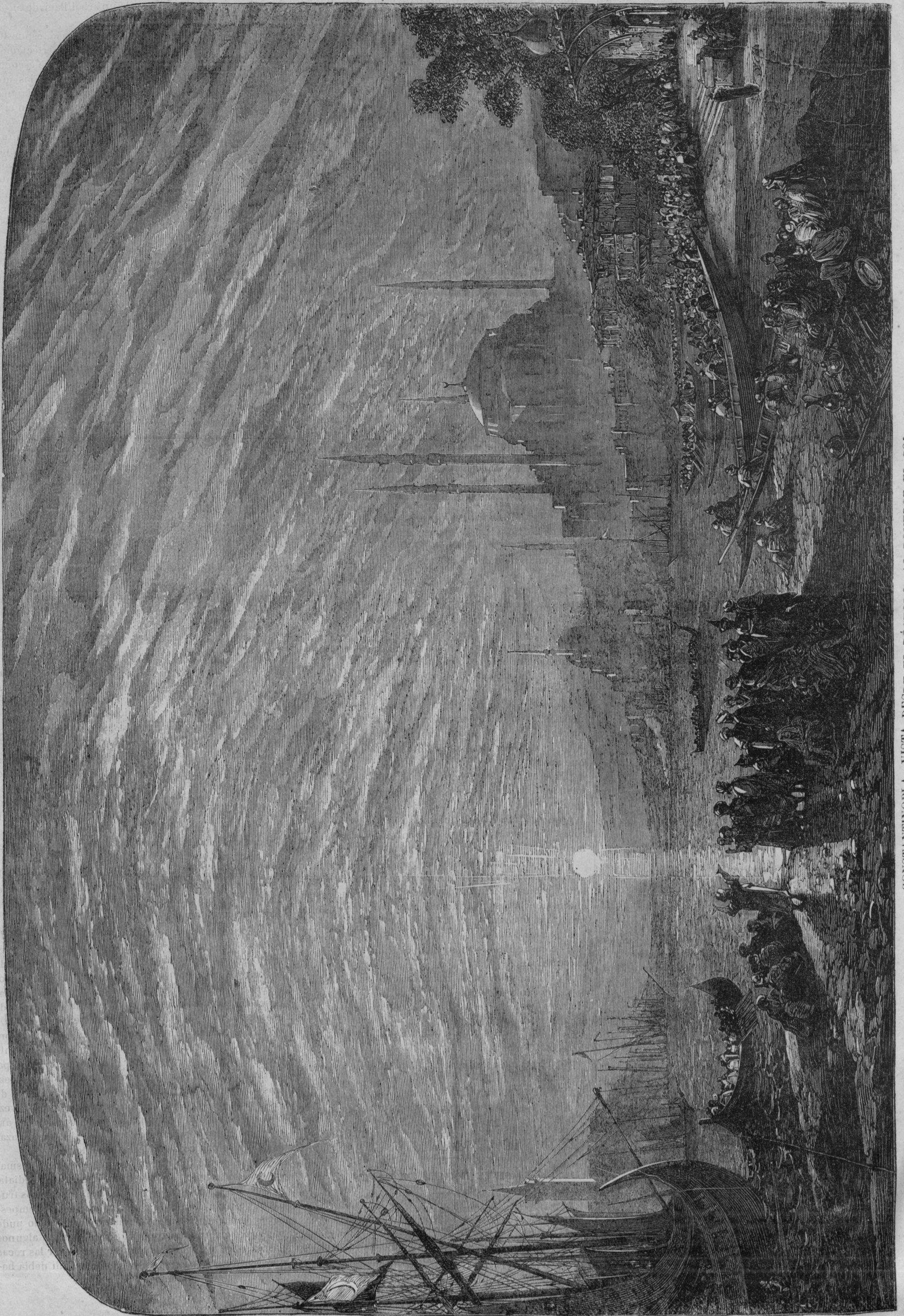
Poco á poco y mecido por estos mil ruidos, cuya causa en vano procuraba explicarme, caí en una especie de soñolencia, cuando de repente fui despertado por un grito de agonía más estridente que los otros, y haciendo un esfuerzo para sostenerme sobre el brazo derecho, me apoyé de espaldas contra el tronco del árbol que me servia de abrigo.

La tempestad redoblaba en su violencia, y el ramaje del *mesquite* no era suficiente á ampararme del agua que caía á torrentes: algunas gotas bañaron mi frente, y cierto olor de sangre se esparció á mi alrededor. Miré con atencion mis manos, y á pesar de la oscuridad, pude distinguir que se hallaban manchadas de un líquido rojizo y algun tanto glutinoso. Finalmente, una ráfaga de viento, más impetuosa que las anteriores, hizo crugir el árbol de tal manera, que algunas ramas secas se desgajaron, y una masa negra rodó á mi lado, botando y rebotando por dos ó tres veces. Estendí maquinalmente el brazo, pero lo retiré inmediatamente lanzando un grito de horror: mis dedos se habian enredado en una cabellera húmeda y viscosa. En el acto, y á pesar de mi extrema debilidad, me puse de pié y con los ojos fijos en la copa del árbol, esperé á que un nuevo relámpago arrojase sus siniestros resplandores sobre aquellas ramas, que se encorvaban y gemian sobre mi cabeza de un modo tan estraño. Todo se me esplicó entonces: de la punta de cada una de aquellas ramas se hallaba suspendida una cabeza humana, sangriento testimonio de alguna encarnizada lucha. El árbol, bajo el cual habia buscado yo un refugio, era uno de esos horrorosos trofeos que el salvaje furor de los soldados de Calleja multiplicaba en nuestros campos: me fué imposible contemplar por más tiempo aquella horrible pirámide de despojos humanos, de aquellas cabezas entre las cuales creí reconocer las facciones de antiguos compañeros de armas, y rodé por el suelo sin sentido.

Aquí el capitán se interrumpió, al observar en la fisonomía de M. L... cierta expresion de duda; así que, despues de un momento de silencio, y dirigiéndose hácia mi escéptico compatriota,

—¿Creeis tal vez, nos dijo, que os estoy refiriendo un cuento ó un mal sueño? Desgraciadamente no es así. Desde que habitais estas comarcas, habeis debido encontrar, más de una vez, muchos árboles cargados de cruces de madera; y ¿sabeis lo que significan esas cruces? En el sitio que ocupa hoy día cada uno de esos emblemas, se hallaba en otro tiempo colgada ó clavada la cabeza de un insurgente; en el Bagío, sobre todo, hay árboles adornados con cincuenta ó sesenta cruces, que recuerdan haber sido aquel el principal teatro de nuestras luchas revolucionarias. Es á nuestros contrarios á quienes pertenece la invencion de las susodichas cruces; pero nosotros, á nuestra vez, hemos clavado en las ramas y los troncos de los árboles millares de cabezas, que no han sido reemplazadas despues con esos emblemas expiatorios.

No sé á punto fijo el tiempo que permanecí desmayado; pero cuando recobré el sentido, traté inmediatamente de huir de aquel árbol que tan sangrientos frutos me ofrecia. La lluvia continuaba, pero la tempestad se habia apaciguado; y arrastrándome como pude por aquel terreno fangoso, fui á recostarme á algunos pasos, sobre un lecho natural, formado por las rocas que bordeaban el torrente; pero ni aun allí debia ha-



CONSTANTINOPLA, VISTA DESDE EL BÓSFORO, AL PONERSE EL SOL.



LA PLAYA DE BOULOGNE, DESPUES DE LA TEMPESTAD DE ENERO ULTIMO.



UN EPISODIO DE LA CAZA DEL CONEJO.

llar el reposo de que tanto necesitaba. Un ruido de pasos me hizo bien pronto levantar la cabeza y descubrir en lontananza la luz de una antorcha que iba aproximándose hacia mí. Una estridente carcajada hizo vibrar los ecos de la llanura y bien distintamente llegaron hasta mi oído algunas extrañas palabras, que más bien parecían salir de los labios de un loco, que no de un sér racional y cuerdo. «¡Hola, hola! ¿Se me habrá escapado algún corderillo?... Espera, espera, niño mio: aquí estoy ya.» Uno ó dos minutos despues, el hombre que había pronunciado estas palabras se hallaba á pocos pasos de mí. Inmóvil, bajo mi capa, pude observar aquella fisonomía, con la cual he soñado despues muchas veces, así como la figura de aquel hombre se me ha aparecido terrible y amenazadora en todas mis pesadillas.

Aquel hombre, que parecia buscarme como el verdugo busca una nueva víctima en que saciar su sed de sangre, marchaba tambaleando, con ese paso incierto producido por la borrachera. Con una mano sostenía una antorcha de tea resinosa, y con la otra blandía una tremenda espada de dos filos, muy parecida á las que se usaban en la antigüedad con el nombre de *mandobles* ó espadas de dos manos. Retuve la respiración y no perdí de vista ninguno de sus movimientos. Era un coloso, por su elevada estatura; y una espesa barba cubría su cara casi completamente: á pesar de la lluvia, no llevaba ni chaqueta, ni capa, ni sombrero, ni abrigo de ninguna especie: en cuerpo de camisa, y con las mangas remangadas hasta el codo, se hallaba manchado completamente de sangre. Sus ojos brillaban de una manera siniestra, y la expresión feroz de su fisonomía me hizo creer por un momento en una aparición diabólica. Encomendé mi alma á Dios, porque al descubrirme lanzó un grito de salvaje alegría, muy semejante al del chacal cuando avanza sobre su presa.

—¡Hola, hola, bribon; conque te me habías escapado! ¿Quién eres tú, miserable gusanillo, que no huyes al aspecto de Marroquin el Toreador?

—Soy un capitán mejicano, Sr. Marroquin, herido en el último combate, y que implora vuestro socorro: felizmente comprendo ahora que sois de los nuestros y que nada debo temer.

—¿De los vuestros, eh?... continuó el gigante, avanzando hacia mí y blandiendo su terrible espada. Ya verás cómo también te doy tu merecido...

—Sr. Marroquin, supongo que no os atreveréis á degollar al amigo, al compañero de Hidalgo.

—Escucha: has de saber que esta noche no he degollado aun, en la *barranca del Salto*, más que á unos doscientos amigos de Hidalgo; es decir, más de doscientos enemigos de la patria, que, como tú, y para librarse de mis garras, se decían amigos del general... Yo tengo todavía sed, mucha sed de sangre, pues el *mescal* no emborracha tanto como ese licor rojo de que me ves manchado.

Temblando, y no me avergüenzo de esta confesión: escuchaba yo á aquel insensato; y en vano le suplicaba me concediese la vida, procurando convencerle de que yo no le engañaba. El monstruo danzaba alrededor mio, y tan pronto lloraba como reía con diabólica satisfacción: quise hacer un último esfuerzo para escapar á la suerte que me esperaba, pero su hercúlea mano me arrojó por tierra como si fuera un juguete, y apoyando su rodilla sobre mi pecho, ya se aprestaba á darme el golpe fatal, cuando, gracias á mi santo patron, vivisimos resplandores de cien antorchas aparecieron en el radio de nuestro campo, que segun con la precipitación que se movían, se cruzaban é iban de un lado á otro, era positivo que los que las traían venían á caballo.

—Señor Marroquin, me atreví á decir al coloso, que con su rodilla continuaba oprimiéndome el pecho, estoy convencido de que no ha de tardarse mucho en que os arrepintais de haberme asesinado: por el contrario, si me haceis gracia de la vida, Hidalgo os lo agradecerá.

—Cuando uno ha degollado ya doscientos hombres no es posible detenerse. Es necesario degollar, degollar siempre!... No tengo distracción que más me satisfaga.

Sacó entonces su puñal, y yo cerré los ojos, pues creí llegada mi última hora; pero el ruido de las voces que se aproximaban y el relincho de los caballos pararon su acción y le hicieron detenerse en el momento en que se disponía á herirme. A mí precisamente era á quien llamaban aquellas voces: «Castaños!... Don Ru-

perto... Castaños!...» La vida, próxima á extinguirse, se despertó en mí más enérgica que nunca, y por un violento y supremo esfuerzo, escapando de las garras del tigre, pude contestar con toda la fuerza de mis pulmones:—«¡A mí, socorro, amigos; socorro al capitán Castaños!»

De un salto el maldito Marroquin se reunió nuevamente á mí y nuevamente me derribó por tierra; pero en aquel momento, un ginete que avanzaba al galope con una antorcha encendida en la mano llegó á nosotros, y atropellando al gigante, lo derribó por tierra, dejándole sin sentido. Sólo un prodigio de destreza ecuestre de mi inesperado libertador, pudo salvarme á mí de ser aplastado por las herraduras de su caballo.

—Mi pobre amigo Castaños, me dijo; segun parece, he llegado á tiempo... ¡vive el cielo! que no me hubiera perdonado nunca si se hubiese verificado tan horrible asesinato. El que así hablaba era mi antiguo amigo el contrabandista Albino Conde.

Aunque afiliado entre los insurgentes, este generoso compañero había continuado ejerciendo su antiguo oficio; así que, era mitad bandido, mitad guerrillero.

Había elegido por su cuartel general la *hacienda* arruinada, y su gente tenía orden de impedir que penetrase en ella persona alguna. Efecto, ó á consecuencia de esta orden, uno de los suyos que vigilaba durante su ausencia en las ruinas, hizo fuego sobre mí, llevándose mi caballo. Cuando Albino vió el caballo y reconoció mis papeles, que iban precisamente en mi maleta de grupa, temiendo que mi vida se hallase amenazada y en peligro, se puso inmediatamente en campaña con su gente hasta que consiguió encontrarme, pero tan á tiempo, que breves minutos más tarde ya no habría remedio para mí.

Cuando hubo acabado su relación, y yo de darle gracias por su oportuno socorro, el contrabandista aproximó su antorcha al cuerpo de mi terrible adversario, que permanecía en el suelo, en apariencia inanimado.—«Este bribon no puede ser otro que el Marroquin, dijo con aire de disgusto; venid conmigo y vereis su obra de esta noche.

Me apoyé en su brazo, porque apenas podía andar, y me dirigí con él á la orilla del barranco. Uno de los contrabandistas descendió al fondo y paseó su antorcha en todas direcciones. Montones de cadáveres, horriblemente mutilados, nadaban en un mar de lodo y de sangre.

—Esa es la obra de Hidalgo, me dijo Albino en voz baja. Despues de la denuncia que se le hizo de una conspiración urdida entre nuestros enemigos y un monge Carmelita de San Diego, Hidalgo, de su autoridad privada, condenó á muerte á los conjurados, los hizo conducir aquí atados de piés y manos, en silencio y en medio de la noche, entregándolos al verdugo, que en esta ocasión no ha sido otro que ese hombre repugnante que llamari el Marroquin. Yo, que detesto semejantes actos de barbarie y de crueldad me he eliminado de la dominación de Hidalgo, y obro por mi cuenta. En fin, acompañadme ahora á la *hacienda*, que aun me restan cosas más interesantes que comunicaros, y que os podran servir de mucho para lo sucesivo. Es preciso también curar inmediatamente vuestras heridas.

(Se continuará.)

J. BELZA.

AL HURACAN.

Brama, brama en mi redor.
Ruje, ruje atronador.

Nada á tu paso gigante
oponga valla segura,
desde la celeste altura
á los abismos del mar.

Rasga, derriba, destruye,
rompe, hiende, pulveriza,
y montañas de ceniza
vuelen tu saña á anunciar.

Brama, brama en mi redor.

A tu poder espantoso
la muerte en la tumba fría
despierta, y cree que el día
del postrer juicio llegó;

Y estremécese convulsa,
más... ¡en tu grandioso ruido
de los huesos el crugido
horrisono se apagó!

Ruje, ruje atronador.

Tal vez otro mundo atruenas,
tal vez, rasgando las nubes,
audaz a otro cielo subes,
su misterio á arrebatat;

Y luego tu ronco acento
revela al sábio incansable
la verdad impenetrable
que en la ciencia intentó hallar.

Brama, brama en mi redor.

A ese Océano soberbio
que osa combatirte airado,
confúndele despiadado;
¿juguete tuyo no es?

Por los abismos profundos
ruede su mole mugiente,
y en los aires la sustente
tu brazo, y gima á tus piés

Ruje, ruje atronador

Si ante la celeste cólera
tu empuje rudo es inerte,
¡Santo Dios! Cuando la muerte
reine doquier ¿qué será?

Reventará el hondo averno.
pequeño á tanto delito,
y el universo infinito
en el caos se hundirá.

Brama, brama en mi redor.

Callen humanos rumores;
mírete el orbe aterrado;
tiemble el vil, tiemble el malvado;
¿quién te osará resistir?

Si tu tremenda victoria
acento inmortal me inspira,
si canta ardiente mi lira
¿qué importa despues morir?

Ruje, ruje atronador.

Envuelve entre tus alas
recuerdos de tristeza,
arroje tu rudeza
las pasiones allá.

¡Ay! En tu horror sublime
sumida la memoria
una ilusión de gloria
ráuda contigo vá.

Brama, brama en mi redor.

Eres mortal gemido;
eres suspiro amante;
eres grito triunfante;
eres ronco estertor.

Eres de cieno inmundo
y celestial incienso;
eres el cetro inmenso
que fulmina el Señor.

Ruje, ruje atronador.

Titánicas moles,
que orgullo levanta,
tu férrea planta
hundió en el no ser.

Tu horrible grandeza
no humille el Eterno;
que en gloria ó infierno
me haga estremecer.

Brama, brama atronador
Ruje, ruje en mi redor.

LUCIANO GARCIA DEL REAL.

CONSTANTINOPLA.

Una de las más bellas ciudades del mundo por su situación, en el canal que separa la Europa del Asia, formando uno de sus mejores puertos. Denominada antiguamente Bizancio, no tomó el nombre que hoy lleva hasta que fué reedificada por Constantino en el año 320. Mahomet II se apoderó de ella por asalto en 1453, siendo desde entonces capita del imperio Otomano.

Su aspecto exterior es de los más imponentes, pero sus calles son estrechas y súcias, siendo también la mayor parte de las casas bajas y construidas con solo barro y madera.

Posee, sin embargo, soberbios monumentos, entre los cuales ocupa el primer lugar el palacio ó serrallo

habitado por el Sultan, y cuya estension es mayor que la de muchas grandes ciudades; la mezquita de Santa Sofia, la principal de las 344 que encierra en su recinto, fundada por Justiniano en 532, y la famosa plaza de los Caballos que era el antiguo hipódromo.

Es patria del emperador Honorio, y de Juliano, titulado el Apóstata. Calcúlase su poblacion en más de 600. 000 habitantes.

HOJAS DE UN LIBRO.

(Continuacion.)

Durante la comida yo apenas desplegué los labios más que para contestar á alguna frase galante que me dirigia. En las dos horas que permanecí clavada en mi asiento, insensible á cuanto me rodeaba y presa de una escitacion inexplicable, el convidado no cesó de acosarme con sus miradas y con sus sonrisas, miradas y sonrisas que hablaban á mi alma un lenguaje desconocido y en el que se mezclaba con una gota de amor un Océano de hiel. Concluida la comida saludé al desconocido, y volví á encerrarme en mi habitacion. La multitud de ideas que cruzaron por mi cerebro, la confusion de sentimientos que lucharon en mi espíritu y la mezcla de afectos que agitaron mi corazón aquella tarde, y sobre todo la noche que la siguió, fueron una especie de tormento que tuvieron en vela á mi alma y dejaron sin fuerza mi cuerpo. Ahora, sin embargo, no podria decir en qué pensé, qué queria ó qué es lo que pasaba por mi. Solo recuerdo que aquella noche conseguí cerrar los ojos á la madrugada, pero no para dormir, sino para soñar. Mi sueño fué una pesadilla en la que se mezclaron las sombras de mi madre y de mi madrastra, las de mi desconocido y la mia: momentos de felicidad y ratos de dolor, instantes de ventura y horas de sufrimiento, relámpagos de amor y siglos de amargura; hé aquí lo que se presentó en mi sueño sombrío, pesado y vertiginoso. No bien me desperté, era tambien en el mes de setiembre, me puse una bata y abrí el balcon con el objeto de refrescar con la brisa del nuevo día el calor febril de mi pensamiento. Pero no bien hube asomado el rostro cuando ví otro ramo en la maceta y la misma mirada que me acechaba desde la calle. El desconocido me saludó y me envió con su mirada una corriente de deseos y de caricias. Al recibirla, yo espermenté una sensacion y no un sentimiento; yo sentí una convulsion en mi cuerpo, pero no un éxtasis en mi alma.

Dolores parecia que agotaba sus fuerzas en la historia de está lucha de su pasado: sus labios encendidos se estremecian involuntariamente, y sus pómulos se coloreaban con ese tinte rosado que unas veces asoma por la exaltacion del espíritu y otras por efecto de una enfermedad. En aquel entonces, una cosa y otra estaban unidas en Dolores. Despues de un intervalo de silencio, continuó:

—Aquel día, como el anterior, dejé el ramo en la maceta y me retiré del balcon, al cual no volví á salir en algunos días. Aquel hombre me hacia daño, y al mismo tiempo no cesaba de pensar en él. No le amaba, pero tampoco le aborrecia. Me representaba á la par al ángel de mi libertad y al demonio de la tentacion. A haberle amado, yo hubiese hecho una locura en aquellos días de fiebre y de tortura por los que pasé: á haberle aborrecido, le hubiese hecho un desprecio y le hubiese mirado con indiferencia. Pero ¡estaba escrito! Carlos; aquel hombre tenia que influir en el destino de mi vida, y fué vano empeño el que yo puse para torcer su marcha. Nosotros no somos mas que débiles instrumentos de las circunstancias, y estas me arrastraron al camino en que Vd. hace poco me ha encontrado.

Quince días trascurrieron, quince días de luchas domésticas, en los cuales mi carácter se agrió y mi corazón se endureció. Hostil á todo lo que se me ordenaba, rebelde á los mandatos de mi padre, yo no hacia mas que mi voluntad y mi capricho. Parecia que estos cobraban fuerzas ayudados por el génio del mal sin duda, pues las lágrimas se secaron en mis ojos y las preces enmudecieron en mis labios. Un pensamiento satánico bullia en mi imaginacion, y conforme iban pasando los días iba dominándome poco á poco. Era una de esas ideas que surgen en la mente en un raptó de desesperacion, y que se van filtrando en nuestro pecho, cuando el dolor nos agobia, hasta que horadan el corazón.

El desconocido continuó frecuentando nuestra casa y continuó insistiendo en sus pretensiones, que en un principio las manifestaba por miradas y que despues se atrevió á declararlas verbalmente. El primer día no entendi lo que me dijo: la vergüenza me impidió oír. El segundo le escuché, despues de haber tenido un altercado con mi madrastra, y la proposicion me ofendió; pero no la rechacé, como debia. El tercero..... no quisiera recordarlo, pero es menester decirlo: ya que no tuve vergüenza para dar el paso que di, tampoco debo tenerla para confesarlo á Vd. Una noche al retirarme á mi habitacion, me dijo mi padre:

—Mañana arreglarás tu maleta para salir pasado mañana con tu madre para Sevilla.

—Yo no tengo madre; la mia ha muerto, le contesté.

—Pasado mañana saldrás para Sevilla con tu madre, replicó. Vete.

Yo salí, y le dirigí una mirada al salvar la puerta que le estremeció. Aquella mirada fué la última; aquella noche ví por última vez á mi padre.

Ya en mi estancia, cerré la puerta, me senté en una silla junto á la cama, y allí recosté mi cabeza. Estaba tranquila é impasible como una estatua; una mano desconocida me ofrecia la libertad; la tentacion era demasiado halagadora para mí en aquellos instantes, y yo la aceptaba como un favor. Aquella noche, todos los proyectos que se me ocurrieron, me se antojaron de fácil realizacion; todos, ménos el de acompañar á mi madrastra á Sevilla. Mi resolucion estaba tomada, solo necesitaba valor para llevarla á cabo. Pensando en esto, me dormí. A la madrugada me desperté con el cuerpo dolorido por la posicion que habia guardado toda la noche, y con el alma escitada por las ideas que no habia podido sofocar el sueño. Abrí el balcon. El desconocido estaba en la calle. Al verle, mi pecho se ensanchó. Aquel hombre me ofrecia la deshonra bajo la forma de libertad, y yo ¡imbécil de mí! solo miré esta y no vi aquella. Hay veces y hay circunstancias en que el mal se nos presenta de tal modo que nos parece el supremo bien.

No bien me asomé al balcon cuando el desconocido me dirigió la palabra, y entablamos el siguiente diálogo:

—Mañana salgo para Inglaterra: ¿ha pensado Vd. lo que le he dicho?

—Sí.

—¿Y se decide Vd?

—Sí.

—Mañana al amanecer vendré.

—Bien.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana.

El desconocido partió: yo me quedé en el balcon absorta é inmóvil. Cogí una flor de una de las macetas, y abstraída en mis pensamientos, mi mano le fué arrancando insensiblemente una por una sus hojas. Sin apercibirme de ello, yo hice entonces con la flor lo que la fatalidad hacia con mi esperanza: arrancar una por una mis ilusiones. En un momento de distraccion ó de vértigo, el cuerpo y el alma se habian puesto acordes para ejecutar un mismo hecho en dos mundos diferentes.

Aquel día lo pasé arreglando mi equipaje y sin pensar en nada ni en nadie. No comí, y no sentí necesidad. Una idea me preocupaba, y esta me servia de alimento. Llegó la noche, y todo lo tenia ya dispuesto. Cuando conocí que en casa estaban todos entregados en brazos del sueño, abrí la puerta de mi habitacion y me dirigí de puntillas á la en que dormian mis hermanos, y les besé. Luego, haciendo esfuerzos incalculables, bajé mi maleta al patio, la coloqué en tierra, y haciéndola servir de asiento, puse los codos sobre las rodillas y la cabeza sobre las manos, y así pasé la mayor parte de la noche. Yo no sé lo que pensé ni lo que sentí; un huracan de ideas hacia agitar mis sienas; un viento de fuego zumbaba en mis oídos.

Antes de amanecer, sentí pisadas en la calle: aquel rumor, pues no llegaba á ser ruido, que no le percibiria nadie, encontró en seguida un eco en mi corazón, resonó pesadamente en mis oídos. Habia llegado la hora. Maquinalmente me levanté, abrí con precaucion la puerta, y hallé á mi desconocido acompañado de un marinero. Lo que me dijo, lo ignoro; yo no podia, no sabia, no queria pensar en aquel instante. Solo recuerdo que media hora despues el marinero dejaba mi maleta en un bote, empuñaba los remos, y yo caía desmayada en los brazos de un hombre. Cuando volví en mí, el sol estaba balanceándose sobre mi cabeza, y yo

me balanceaba á impulsos del mar, que susurraba á mis piés. Dirigí mis ojos por todas partes, y no vi más que cielo y agua: mi pueblo, mi casa, todo habia desaparecido: solo tenia delante dos abismos impenetrables y otro que no veia claramente, y que era el insondable abismo de mi porvenir.

Dolores me miró con tristeza, y dijo:

—Lo que sucedió despues no merece contarse. He viajado cuatro años; me he envilecido; me he entregado á un hombre que pertenecia ya á otra mujer, y aquí me encuentro ahora hecha un espectro, mudo mi corazón, secos mis ojos, olvidada y casi despreciada del mundo, sin familia, sin tener ningun lazo que me una á la tierra, y sin más esperanza que morir. Pero no; hace algunos días que yo siento un consuelo inefable al oírle á Vd.; siento que la fé renace en mi alma, y que un rayo de esperanza ilumina mi vida. No he podido aun llorar ni rezar: pero en algunos momentos he experimentado una emocio estraña y una angustia penosa que dilataba mi pecho y humedecia mis ojos. Esto me hace padecer mucho; pero creo que este padecimiento es el principio de mi salvacion.

—Por fin, cree Vd., y cree Vd. en la verdad, esclamé yo de pronto. Cierre Vd. sus ojos á su pasado, y fije su mirada en el porvenir. Tras los desaciertos de esta vida está la eternidad de la otra, que se conquista con una lágrima de arrepentimiento.

—Mas yo no puedo llorar.

—Reze Vd.

—No me acuerdo.

—Pues ame Vd.

—¿A quién?

—A Dios, al hombre, á Vd. misma, al universo entero.

Quando he dejado á Dolores, una nube de ideas sombrías se ha apoderado de mi pensamiento. Al trasladar al papel en este instante su historia, aun me parece percibir el eco lastimero de su voz. ¡Pobre Dolores! Ayer era tu corazón la cuna donde dormian tranquilamente tus ilusiones, y hoy es la tumba que encierra las cenizas de tus esperanzas. ¡Pobre ángel caído! El mundo ya no es para ti; pero llora que aun te queda el cielo.

XIII.

Al día siguiente, es decir, el 5 de Setiembre, Carlos fué á ver á Dolores, y la encontró pálida y ojerosa, pero muy animada.

Al verle exclamó con trasporte:

—Carlos, soy feliz, ¡he llorado! he llorado mucho.

—¿Sí?

—Y á Vd. lo debo. ¡Si Vd. supiese con qué libertad respira ahora mi pecho y con qué placer late mi corazón! Me parece que la atmósfera que me rodea es más pura, más clara, más estensa. Desde ayer cualquier cosa que veo me hace llorar: la música, la luz del día, la calma de la noche, la tibia claridad de las estrellas, el recuerdo de Vd., todo. Creo que las lágrimas que han estado tanto tiempo comprimidas en mis ojos, pugnan ahora por bañar mis mejillas.

—Sí, Dolores, esas lágrimas son el agua del bautismo de su redencion.

Carlos y Dolores permanecieron largo tiempo hablando.

(Se concluirá.)

Como advertirán nuestros lectores, desde este número publicamos el almanaque de la semana. Es una mejora que creemos será del agrado del público.

Correspondencia de EL PERIODICO ILUSTRADO.

J. M.T., de Almería; Recibidos los sellos; queda renovada su suscripcion.—P. M., de Cuenca; Recibido el importe de las tres suscripciones.—E. C., de Pamplona; Renovada su suscripcion; recibidos los sellos.—M. C. R., de Malgrat; Recibidos los sellos, renovada su suscripcion.—J. N., de Lodosa; Recibidos los sellos de sus suscripciones.—G. S., de Santiago; La circular que hemos mandado ha sido general, y si solo para los no renovados; conforme con su carta.—C. Z., de Valladolid; id. id.—T. C., del Peñon de la Gomerá; id. id.—Z. S. G., de Cuevas; id. id.—A otros al mismo objeto id. id.—J. C., Los Hoyos; Recibido el importe de su coleccion; conforme con su carta.—F. S. H., de Segovia; Recibidas las libranzas importe de la liquidacion anterior.—J. B. C., de Málaga; Renovada su suscripcion; recibidos los sellos.—L. V., de Vigo; id. id.—A. G., de Castellorsol; Recibida la letra y sellos. importe de tres renovaciones.

Editor responsable, P. A. LAMARTINIERE.

MADRID: 1866.—Imprenta de R. LABAJOS, Cabeza, 12, principal



LOS TRAJES DE LA FAMILIA BENOITON.

LA FAMILIA BENOITON.

Tal es el título de una comedia de Victoriano Sasdon que ha llamado grandemente la atención en Paris, no contribuyendo poco á este resultado los trajes con que se presentaron en escena las cuatro actrices encargadas de representarla, y que fueron, contando desde la izquierda del grabado, las señoritas Essler, Fargueil, Manvoy y Leonide Leblanc.

Estos trajes, cuya elegancia escede á toda ponderación, y cuyos adornos han pasado á ser artículos de moda, pues ya hay cadenas á la Benoiton, prendidos á la Benoiton, etc., etc., costaron la friolera de 80.000 francos, siendo lo más notable, que la principal tendencia de la comedia es condenar el lujo, hasta tal punto que una de las actrices exclama en una situación de las más culminantes:

«Sencillos adornos de mi primera juventud, ¿qué os hicisteis? ¡Diez varas de muselinas, tres de cinta y una flor en la cabeza, y unido á esto quince años de edad, una bella complexion, y el placer del primer baile!

«¿Quién sería el hombre, por hastiado que estuviese de los placeres, que no sintiese una viva emoción á la vista de un traje tan modesto y de una alegría tan cándida? ¡Ah muselina, blanca muselina! ¡Las madres ingratas que debieron á ella sus maridos te rehusan para sus hijas! ¡Oh sagrada muselina, virgen del tocador, salva á nuestras jóvenes, que se ahogan en un mar de encaje!»

Creemos que nuestras lectoras se deleitarán algunos instantes contemplando los *toilettes* de la familia Benoiton, ya que estamos seguros de que aunque la comedia se traduzca, los trajes no se acomodarán á nuestro teatro, con lo cual ganará no poco la moral, aunque pierda el buen gusto.

Solucion de la Charada del número anterior.

SIEMPREVIVA.

GEROGLÍFICO.



AVISO.

Repetimos el que publicamos en hoja separada en nuestro número anterior, por si no ha llegado á manos de alguno de nuestros favorecedores.

Hemos ofrecido á nuestros suscritores las Colecciones encuadernadas del primer año de publicacion al PERIÓDICO ILUSTRADO, al precio de 48 rs., pero un obstáculo imprevisto nos obliga á rectificar nuestra oferta. El porte del correo de estos ejemplares excede en mucho á lo que habíamos calculado, y en este concepto solo podemos dar á este precio las Colecciones en Madrid.

Los suscritores de provincias que la deseen tendrán que abonar 5 rs. más por razon de porte, á ménos que nos indiquen otro medio de envio que sea más económico.